

LA MINA



Ascensor de entrada a la Mina Feisolín, Orallo

Ya en 1849 Pascual Madoz, en su Diccionario, habló de una «mina de carbón de piedra» en Laciaña.

Pero fue don Baldomero García Sierra, casado con Adonina Rodríguez Piñero, uno de los primeros hombres que descubrió el futuro que tendría la minería laciañega. En 1914 se empezaron a explotar las minas de carbón, pues hasta entonces la vida del valle había sido únicamente agrícola y ganadera, comenzando a llegar gentes de otras regiones, principalmente de Asturias; aunque la agricultura y la ganadería siguieron siendo las actividades fundamentales, ya que cada familia minera tenía su huerto y sus animales; extrayendo y vendiendo el carbón única-

mente para incrementar sus ingresos.

De todos modos este hecho provocó un grandísimo aumento de la población en «El Valle», que paso de tener 3.500 habitantes en 1929, a rondar los 20.000, en 1961.

Un grupo de empresarios, aprovechando las leyes de Protección Industrial aprobadas por las Cortes españolas en 1918, crearon la Sociedad Minero Siderúrgica de Ponferrada.

Un año más tarde, en 1919 se inicio la construcción del ferrocarril de vía estrecha Ponferrada–Villablino, llamado «El Mixto» por tratarse de un ferrocarril de servicio



Capilla del Santo Cristo de los Mineros

la casa de los guardas, más austera y desnuda que la celda de un cartujo. Terminado el esquileo y cuándo los rebaños emprendían su marcha hacia los «puertos» de Babia, don Paco se instalaba en su casa de Hospital de Órbigo, en la que esperaba su paso hacia las montañas leonesas. El mes de junio lo pasaba en León, y los de julio y agosto en Villablino. En el otoño volvía a hacer, en sentido inverso, el mismo recorrido de la primavera: León y Hospital de Órbigo, donde veía pasar a los rebaños, de vuelta a sus pastos de invierno, de las dehesas de Zamora hasta que los dejaba instalados en sus apriscos para la invernada. Y para primeros de noviembre volvía a su casa de Madrid coincidiendo con el principio de la temporada de ópera en el Teatro Real, que seguía fielmente»).

Cuando cumplió 60 años de vida, decidió contribuir a la elevación cultural de los niños de Villablino y de otros pueblos del valle de Lacia, mediante la creación de 6 escuelas. Así, el 21 abril de 1887 constituyó la fundación para la creación de la primera, de Enseñanza Mercantil y Agrí-

cola en Villablino, con el nombre de Sierra-Pambley en memoria de su tío, el senador Segundo Sierra y Pambley.

No se trataba de una escuela de enseñanzas primarias sino de un centro en el que ingresaran los niños ya con una cierta edad, sobre los 11 años, después de haberlas recibido, o sea cuando ya sabían leer y escribir; y las cuatro reglas, es decir, una ampliación de los estudios primarios durante tres cursos. El plan de estudios comprendía tres secciones: cultura general, enseñanza mercantil y enseñanza agrícola.

Para crear la Fundación tuvo el asesoramiento de tres grandes figuras de la Institución libre de Enseñanza: Giner de los Ríos, Bartolomé Cossío y Gumersindo Azcárate.

Fue una experiencia teórico-práctica. Por ello en las escuelas de Villablino se dedicó especial atención a la industria láctea, decisiva para la modernización en la realización de mantequillas y quesos. Siendo pronto famosa la mantequilla de la Escuela de Villablino y el llamado «queso escuela».



Casa de Sierra-Pambley, con su hórreo en el centro

LA MINA



Ascensor de entrada a la Mina Feisolin, Orallo

Ya en 1849 Pascual Madoz, en su Diccionario, habló de una «mina de carbón de piedra» en Laciana.

Pero fue don Baldomero García Sierra, casado con Adonina Rodríguez Piñero, uno de los primeros hombres que descubrió el futuro que tendría la minería lacia-niega. En 1914 se empezaron a explotar las minas de carbón, pues hasta entonces la vida del valle había sido únicamente agrícola y ganadera, comenzando a llegar gentes de otras regiones, principalmente de Asturias; aunque la agricultura y la ganadería siguieron siendo las actividades fundamentales, ya que cada familia minera tenía su huerto y sus animales; extrayendo y vendiendo el carbón única-

mente para incrementar sus ingresos.

De todos modos este hecho provocó un grandísimo aumento de la población en «El Valle», que paso de tener 3.500 habitantes en 1929, a rondar los 20.000, en 1961.

Un grupo de empresarios, aprovechando las leyes de Protección Industrial aprobadas por las Cortes españolas en 1918, crearon la Sociedad Minero Siderúrgica de Ponferrada.

Un año más tarde, en 1919 se inicio la construcción del ferrocarril de vía estrecha Ponferrada–Villablino, llamado «El Mixto» por tratarse de un ferrocarril de servicio



Capilla del Santo Cristo de los Mineros

general, que transportaba tanto carbón como pasajeros. El ingeniero de minas Marcelo Jorissen Braecke, llamado «el belga» por su nacimiento en Bruselas, fue uno de los artífices del gran desarrollo que experimentó esta sociedad minera a partir de 1922, fecha en la que fue nombrado director de la misma. En 1924, éste se casó con Pilar García Rodríguez que escribió los famosos «Cuadernos» sobre el Valle de Laciana.

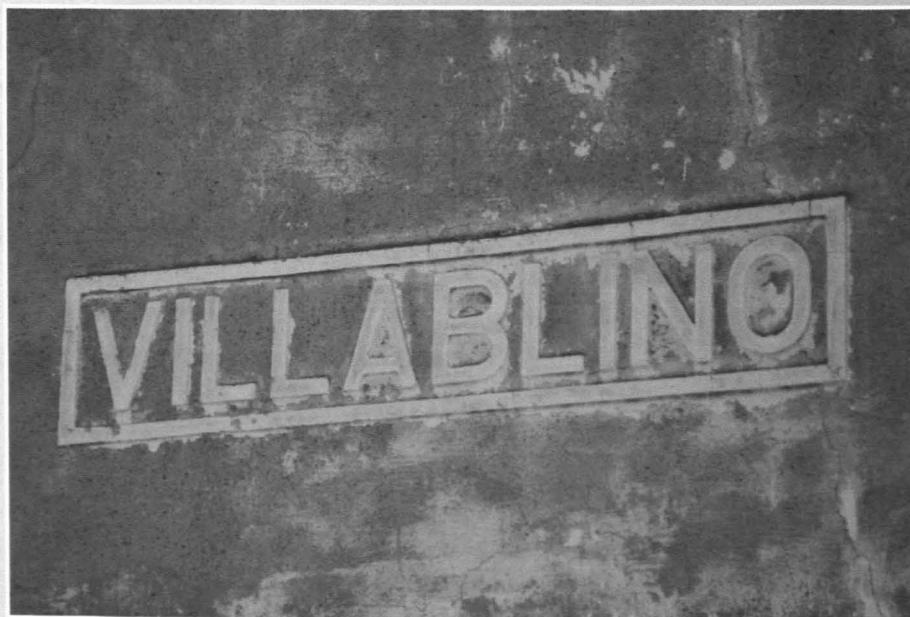
Hay que destacar además, que el camino a la estación lo sufragó Constantino Rodríguez.

Tradicionalmente ganadera, la comarca de Laciana ha conocido una profunda transformación debida al impacto provocado por la explotación minera en gran escala.

Transformación que le ha permitido multiplicar sus efectivos humanos e incre-

mentar sus ingresos, pero que ha sido también causa de un importante deterioro del entorno y de la potencialidad natural. La antigua especialización ganadera, siempre al borde de la crisis, ha sido sustituida por otra especialización, la minera, más crítica aún, tanto en su dependencia coyuntural como en la dependencia de un recurso —el carbón— no renovable.

Casi el setenta por ciento de la población activa se encuentra ocupada en el sector minero-energético, el cual induce directamente al menos a otro veinte por ciento de empleados en el comercio, la construcción y diversos servicios privados y públicos. La de Villablino es, sin duda alguna, la principal cuenca minera de León y una de las más importantes del país; ha venido siendo explotada de forma ininterrumpida e intensa desde hace seis



Cartel señalizando Villablino.

décadas y cobija aún la mayor reserva de hulla nacional, por encima incluso de la extenuada Cuenca Central Asturiana.

Estos hechos son de tanto peso que cualquier otro aspecto, aún mereciendo atención, no puede ocupar sino un plano secundario relegado o mediatizado respecto al dominio absoluto y la omnipresencia de la actividad extractiva y de todas las formas sociales o paisajísticas que la acompañan. En este ámbito, más que en cualquier otro lugar de la región, los «latidos» de la mina resuenan continuamente y se amplían en no importa qué detalle de la vida cotidiana.

EL LABOREO MINERO EN LACIANA

1. Origen y desarrollo de la explotación minera

Aún cuando el yacimiento hullero de Villablino era conocido en el siglo pasado, su aprovechamiento no comenzó a efectuarse en gran escala hasta el segundo decenio del siglo actual, con bastante retraso sobre las principales cuencas del país: Asturias, Noreste de León, Palencia, Puertollano (Ciudad Real) y Peñarroya (Córdoba). La causa última de ese tardío laboreo no era otra que la dificultad de acceso al yacimiento, ubicado en plena Cordillera Cantábrica, alejado de los centros de transformación o consumo y de las rutas de transporte por ferrocarril, medio idóneo entonces para la evacuación del mineral en grandes cantidades.

Al calor de la coyuntura favorable que introdujo la Guerra Europea –que mitigaba la competencia exterior– y en el marco de una «fiebre minera» extendida a toda la nación, se constituyó en el año 1918 la «Minero-Siderúrgica de Ponferrada» (M.S.P.) sociedad que compró la mayor

parte del coto hullero de Villablino y que, con el concierto estatal, construyó el ferrocarril del Sil, verdadera espina dorsal para el desenvolvimiento económico no sólo de la minería lacianiega, sino igualmente de toda la cuenca antracitera del Bierzo que, a la sazón, se encontraba también en estado virginal.

Desde entonces algunas pequeñas y medianas empresas han coexistido con la M.S.P., explotando áreas marginales de la cuenca y aprovechando alguna de las infraestructuras de que ésta dispone. Entre ellas destacan «Hijos de Baldomero García» y el «Coto Cortés» (esta última en territorio asturiano), en tanto que otras han sido absorbidas paulatinamente por la empresa principal.

Todo ello no impide, sin embargo, que más del noventa por ciento de la producción y de la plantilla empleada en la minería lacianiega hayan venido correspondiendo a la M.S.P. y que, en consecuencia, nos encontremos ante un espacio de uso fundamentalmente monoempresarial, férreamente controlado desde una única instancia. Es importante resaltar este fenómeno porque singulariza a nuestra comarca frente a otras vecinas, como la berciana o la suroccidental asturiana (de neta dispersión empresarial), siendo causa de peculiares aspectos territoriales que, como la configuración del hábitat, se explican en gran medida a partir del grado de concentración existente en la utilización de los recursos.

Debido a la magnitud del yacimiento y del capital que lo explota, el laboreo minero ha conocido en Laciana una continuidad temporal marcada por un ritmo expansivo general, tras el cual, no obstante, se dejan sentir nítidamente los vaivenes coyunturales que afectan a la economía nacional y los que son propios de los negocios mineros o energéticos. Así, las fases de crecimiento han venido ineludiblemente sucedi-

das de períodos depresivos en los que la construcción de la actividad extractiva alienta la emigración y repercute en el estancamiento o el retroceso de las demás ramas económicas, directa o indirectamente ligadas a la minería.

Cabe destacar, entre los años de expansión, a los inmediatamente posteriores a la constitución de la M.S.P. y, sobre todo, al período autárquico que sucedió a la Guerra Civil Española, mientras que la crisis más profunda tuvo lugar en los años sesenta, cuando el mercado nacional comenzó a abrirse al exterior y otras materias primas fósiles (gas natural, petróleo) comenzaron a desplazar al carbón en la producción energética.

Esta incertidumbre, siempre presente, es un poderoso factor, quizás intangible aunque no por ello menos real, que condiciona en extremo el desarrollo de la comarca y dificulta un racional y duradero aprovechamiento de sus recursos renovables.

2. Una minería de enclave

Dentro de la variada gama de situaciones que conocen las distintas áreas mineras españolas, energéticas o no, la cuenca de Villablino y todas las cuencas de León ocupan, por desgracia, una de las posiciones más desfavorables desde el punto de vista de los intereses autóctonos.

Lejos de la envidiable situación de la minería vasca del hierro, controlada desde un principio por capital autóctono y que contribuyó por ello, en su día, a un sólido y multirramal desarrollo económico, e incluso lejos de la minería asturiana o de la de Sierra Morena (Puertollano, Linares), dependientes en alto grado pero generadores de una cierta diversificación productiva, la cuenca de Villablino, al igual que las otras cuencas carboneras de explotación

tardía, quedó configurada desde un principio como un área de minería de enclave; esto es, un área explotada por capital foráneo en la que la producción no incorpora valor añadido alguno «in situ», siendo transformada en otras localizaciones.

Este modelo de enclave, propio de nuestra minería, engendra contradictorias y paradójicas situaciones, como la que atraviesa en la actualidad la comarca.

En efecto, en tanto las cifras de producción superan el millón y medio de toneladas anuales de carbón –techo nunca alcanzado con anterioridad– y la plantilla tiende a mantenerse estable en torno a los tres mil empleos directos las empresas mineras acumulan pérdidas y subsisten únicamente en virtud del apoyo financiero que reciben del Estado.

Desde 1977, en que los resultados de la M.S.P. fueron negativos en 295 millones de pesetas, las pérdidas se han ido acrecentando y acumulando de año en año, y las deudas contraídas superaban ya en 1985 los ocho mil millones.

Con razón la conciencia colectiva de crisis es notoria, a pesar de la apariencia tranquilizadora que arrojan los resultados de producción. La causa principal no es otra que la extrema fragilidad inherente a ese modelo que comentamos, en el que la excesiva especialización impide amortiguar los eventuales reveses provocados por un retraimiento de la demanda o por un viraje en la política energética nacional e internacional. Y todo ello agudizado porque la demanda se concentra casi exclusivamente en el sector eléctrico, en tanto que en décadas anteriores el consumo de carbón abarcaba también a las siderúrgicas, navieras, cementeras, ferrocarriles, usos domésticos y otros.

En estas condiciones se desarrolla la extracción de carbón en diversos grupos o pozos mineros situados próximos a las poblaciones de Villaseca (grupos de

«Lumajo» y «Carrasconte»), Orallo («Bolsada-Peñas»), Villager («Calderón»), Caboalles de Abajo («María», «Escondida») y Caboalles de Arriba («Paulina»), y han comenzado a extenderse no sin polémica, las explotaciones a cielo abierto en El Villar de Santiago, Carrasconte, el Puerto de Leitariegos, Lumajo y Robles.

En suma, el manchón carbonífero, principal recurso económico de la comarca, es objeto de un intenso aprovechamiento subterráneo y superficial que comporta diversas consecuencias, apreciables tanto en el marco natural como en el medio humanizado.

EL MEDIO FÍSICO COMO SOPORTE DE LA EXPLOTACIÓN MINERA

1. El yacimiento carbonífero

En la historia del yacimiento y en la de todo el relieve lacianiego por extensión hay, como siempre ocurre, un momento clave, esencial desde el punto de vista del desarrollo posterior.

Podemos situar ese momento al final del período Carbonífero, hace unos trascientos millones de años.

En esa época, conocida por los geólogos como Estefaniense, las presiones sufridas por la corteza terrestre habían hecho ya emerger, donde antes existía una cuenca marina, un paquete sedimentario de varios miles de metros de espesor. La cordillera así formada (cordillera herciniana) se extendía en forma de gran arco, ocupando parte de la Península Ibérica antes inexistente y sobre ella se desarrollaron prolíficamente, en un medio climático húmedo y cálido, algunos de los bosques más antiguos de la Tierra.

En una cuenca alargada de Oeste a Este, sobre el paralelo de Villablino, las

masas boscosas que crecían en los cenagales eran periódicamente invadidas por corrientes fluviolacustres y sepultadas bajo los aluviones y los limos, que a su vez resultaban nuevamente colonizados por la vegetación. En un proceso que abarcó varios millones de años la cuenca fue completamente rellena de capas vegetales transformadas en carbón, alternantes con otras de areniscas y pizarras, con un espesor total variable entre los 2.500 y los 3.000 metros y un mínimo de 19 capas explotables con potencia entre 0,4 y 3 metros, agrupadas en diversos paquetes.

Las últimas sacudidas hercínicas alcanzaron aún a plegar estos paquetes, que forman un sinclinal disimétrico entre los materiales más antiguos que les sirvieron de cobijo. Por último, a través de diversas grietas se produjo la intrusión de rocas ígneas a altas temperaturas (pórfidos), que transformaron las capas de carbón más próximas en verdaderas antracitas.

La historia posterior se limita a una intensa denudación del relieve durante las eras Secundaria y Terciaria, hasta ser reducido éste a formas muy suaves de escasa altitud y a un nuevo alzamiento general producido por la orogenia alpina. El rejuvenecimiento, que ha levantando algunos bloques por encima de los dos mil metros de altitud, y la erosión posterior han devuelto al conjunto algunos de sus rasgos originales y han terminado de concretar los detalles morfológicos del relieve actual.

2. Un relieve macizo y vigoroso

El relieve lacianiego está labrado sobre materiales pizarrosos predominantes, lo que le confiere una gran homogeneidad y cierta monotonía. Abundan las formas masivas, muy compactas, sobre cordales alargados en sentido Oeste-Oeste, que en

poniente se incurvan hacia el Norte siguiendo los rumbos típicos de la vieja cordillera herciniana.

Las culminaciones alomadas muestran los vestigios del antiguo aplanamiento, modificando puntualmente por la acción glaciador destructora que afectó a todo el territorio situado por encima de los 1.500 metros y por el profundo encajamiento de la red fluvial actual que tiende a fragmentar los cordales en bloques aislados. Sólo en la mitad septentrional el mayor contraste en la dureza del roquedo facilita la generación de un auténtico relieve diferencial, en el que emergen nítidamente los crestones de cuarcita blanca, como en el Muxivén (2.032 metros) y el Cornón de Peñarrubia (2.188 metros), o las duras areniscas del Cueto Arbas (2.007 metros).

Sobre este relieve macizo, una potente y bien alimentada red fluvial, organizada por el río Sil, ha producido fuertes desniveles retrocediendo continuamente las cabecezas y habiendo capturado el antiguo curso del río Luna, que se prolongaba con anterioridad hacia el puerto de Cerredo cruzando la comarca de Oeste a Este. Así, el drenaje, que en el pasado geológico dirigía las aguas hacia la cuenca del Duero, se realiza ahora hacia la del Sil-Miño.

3. Impacto minero sobre el medio físico

La explotación carbonera no ha comportado sólo una cierta adaptación a las condiciones que impone el medio físico, sino que de diversas maneras se traduce también en modificaciones que afectan a éste.

El vaciamiento parcial del yacimiento, aún cuando tenga lugar subterráneamente, se manifiesta en superficie mediante diversos hundimientos locales, flexuras o movimientos de tierras como los habidos en el pasado en Villager y Villaseca, y

sobre todo afecta a los acuíferos por captación o desviación de los manantiales, favoreciendo una mayor aridez de los suelos que es también patente en toda el área ocupada por el manchón.

Los estériles integran escombreras que salpican todo el paisaje del Valle; decenas de ellas se encuentran ubicadas en laderas de fuerte pendiente, sometidas por ello a posibles deslizamientos.

En fin, los residuos más finos del carbón lavado, transportando o almacenando, impregnan las aguas y la atmósfera perjudicando su calidad natural.

Estos y otros efectos directos e inducidos se hacen más evidentes y se amplían con el laboreo superficial, el cual deteriora además la calidad visual y estética del paisaje. Todo ello repercute limitando, entre otras y por citar un ejemplo, las actividades de ocio al aire libre en la propia comarca y merma por eso una de sus virtuales potencialidades.

Tal es el caso paradigmático del Puerto de Leitariegos y anteriormente de Cerredo, donde la extracción a cielo abierto tiene lugar en parajes inmediatos a las praderas en las que muchos lacianiegos y otros visitantes han venido practicando en las últimas décadas una sana expansión de aireación, descanso o deporte.

La afluencia hacia estos verdaderos «pulmones» de Laciana se ha visto consecuentemente muy limitada, en beneficio de otros espacios extracomarcales próximos: puerto de Somiedo, Babia, Luna.

4. Un menguado aprovechamiento del potencial vegetal y pecuario

4.1. Retroceso de la actividad agropecuaria

En efecto, la explotación ganadera, antaño principal ocupación de los lacianie-

gos, se encuentra hoy en estado agónico. Suficiente es señalar que en los últimos cuarenta años el censo bovino del municipio de Villablino se ha reducido en más de un sesenta por ciento, desde las 4.312 cabezas de 1945 hasta las 1.889 que había a finales de 1987. En similares proporciones se ha reducido también la población activa y la superficie destinada a prados y pastizales, mientras que paralelamente se incrementó el espacio improductivo a efectos de uso rural y el ocupado por el matorral y el arbolado.

El deterioro de las condiciones ambientales provocado por la minería, el aumento del espacio destinado a usos mineros o anejos, el crecimiento urbano o la atracción de activos agrarios por el yacimiento, son factores directamente implicados en este proceso.

Pero no sería justo achacar al impacto minero todos los males del sector agropecuario. Cierto es también que cuando la actividad minera hizo su aparición en la comarca el sistema tradicional de aprovechamiento y organización de la potencialidad natural y del espacio rural atravesaba ya por una profunda crisis de acomodación a las nuevas condiciones que imponía el emergente capitalismo español.

La utilización extensiva de los pastos (a veces exclusivamente a diente) y del monte por ganado muy bien adaptado a las condiciones del medio (la Mantequera Leonesa), aunque de escaso rendimiento cárnico y lácteo; el régimen estacional basado en la trashumancia estival hacia las brañas, tan abundantes y ricas en Laciana, o la práctica del policultivo en las vegas, se realizaron secularmente como la forma idónea de aprovechamiento del potencial vegetal y pecuario que garantizaba la supervivencia de las explotaciones y de la población.

Sin embargo, cuando el intercambio de mercado se generalizó a grandes distan-

cias se hizo también manifiesta la desventaja competitiva de tal sistema, algunos de cuyos elementos (sobre todo el uso de las brañas) convendría recuperar hoy.

En aquellas condiciones, y en cierta medida, la minería se limitó a acelerar un proceso ya desencadenado, absorbiendo una parte sustancial de los excedentes humanos del campo que habrían emigrado en cualquier caso, tal como de hecho ocurrió en el conjunto del agro español y de manera particular en las áreas de montaña.

De una u otra forma, el grado de deterioro del potencial agropecuario ha ido en aumento y prosigue en la actualidad. Y no se trata solamente de un descenso continuado de la riqueza en explotación (la cabaña ganadera, los prados, las brañas, el monte), sino también de que las explotaciones existentes no poseen en su mayor parte otra finalidad que la de mero complemento de los ingresos familiares.

Algunos datos pueden ilustrar esta aseveración:

- A las 392 explotaciones que había en Laciana en 1982 se encontraban vinculados de diversas maneras unos novecientos activos, pero de ellos únicamente el quince por ciento tenían el trabajo en el campo como ocupación principal, predominando abrumadoramente el trabajo «a tiempo parcial». De los 315 propietarios de ganado vacuno contabilizados en 1987 sólo siete poseían más de veinte cabezas y el total de los que tenían más de diez cabezas no llegaba al medio centenar. En fin, casi las tres cuartas partes de las explotaciones no llegan a disponer de una superficie de tierras de cinco hectáreas (superficie considerada como el límite mínimo de rentabilidad) y las que poseen más de cien hectáreas agrupan, en

general, distintas categorías de bienes públicos, trátense de predios de titularidad municipal, de juntas vecinales, etc.

En definitiva, no es aventurado afirmar que, en las circunstancias presentes, no existen en el valle más de veinticinco o treinta explotaciones ganaderas que tengan asegurada una mínima viabilidad económica para el futuro y ello sin contar con los problemas que para la explotación vacuna se derivan de nuestro ingreso en la Comunidad Europea.

4.2. *Utilización del espacio rural: un neto predominio del monte*

Desde el punto de vista de las superficies agrarias el territorio lacianiego constituye mayoritariamente un espacio forestal con predominio del monte bajo formado por brezos, urces, escobas y árgomas como especies predominantes, en tanto que el tomillo y el arándano son más ocasionales. Vegetación de matorral lo suficientemente poco densa, a veces, como para permitir su uso a pasto y que alterna, en general, con espacios desprovistos de otra cubierta que la herbácea, también pastables. Estos usos cubren el sesenta por ciento de la superficie municipal de Villablino.

Existen unas 4.500 hectáreas de arbolado, mayoritariamente localizadas en la margen izquierda del Sil, de terrenos umbríos, húmedos e impermeables, en las que el roble y el rebollo tienen la presencia más permanente, siendo también abundante el abedul.

Algunas manchas de haya y otras especies más dispersas, como el fresno, el avellano, el capudre o el acebo, componen junto con las formaciones predominantes el paisaje boscoso comarcal.

Se trata, en conjunto, de una vegetación natural atlántica —con algunos elementos de transición— adaptada a un clima húmedo y fresco, con cierta sequía estival y a la presencia de suelos medianamente ácidos como son los pizarrosos.

Únicamente el trece por ciento del territorio es utilizado de manera más intensiva que la que se deriva del aprovechamiento del monte bajo o de la riqueza forestal, destinándose a tierra de labor y a prados, para los que se reservan los emplazamientos más favorables.

Ocupando a veces superficies diferenciables, pero generalmente alternando en las inmediaciones de los núcleos de población, tierras labrantías y parcelas de prado flanquean los cursos fluviales dando lugar a una serie de franjas de uso intensivo de entre las que las extendidas entre Villaseca y Rabanal de Abajo y entre Villablino y Caboalles de Abajo, en los márgenes del río de Caboalles alcanzan la mayor amplitud.

En posición más o menos perpendicular a aquel trazado se suceden al Norte, y de Este a Oeste, los espacios de prado y labor correspondientes a los valles del río de Lumajo, río de Sosas, río de San Miguel, río de Orallo, arroyo de Chanada y curso alto del río de Caboalles en su descenso del Puerto de Cerredo. Al Sureste las riberas del río del Puerto (Magdalena) albergan el terrazgo del Villar de Santiago. Prados, pastizales, superficies forestales pastables y, en parte, tierras de labor sostienen una cabaña ganadera en retroceso, dominada por el peso específico del bovino, al cual sigue en importancia el ganado de cerda, que incluso se ha incrementado aunque su cría carece casi siempre de otra finalidad que el aprovechamiento doméstico de diversos elaborados cárnicos, tanto entre familias dedicadas preferentemente a las agricultura como entre muchas familias mineras.

Se mantienen también algunos pequeños rebaños de ovejas y cabras que aprovechan los pastos de escasa calidad de entre el matorral, y poco más de doscientas cabezas equinas. Este ganado, junto con otras especies menores, aves y conejos, de tenencia frecuente en las casas de labor y en las «chabolas» de los núcleos mineros, completan la exigua riqueza pecuaria lacianiega, que guarda escasas relaciones de proporcionalidad con la cantidad de espacio útil disponible (cerca de dieciocho mil hectáreas).

UNA PROFUNDA REMODELACIÓN DEL POBLAMIENTO

1. Equilibrio territorial en la sociedad rural preminera

Antes del impacto minero el predominio en Laciana de un sector agropecuario de subsistencia limitaba la expansión pobla-

cional y en conjunto, durante siglos, existió un equilibrio territorial bastante notorio. La población estaba sumamente espaciada en quince aldeas de rango muy similar, cada una de las cuales alojaba entre cien y trescientas almas, totalizando a principios de siglo una cifra de 2.800 habitantes. Ello era acorde con la propia dispersión sobre el territorio de los recursos utilizados y con el sistema extensivo de dicha utilización.

La mayor parte de los núcleos se asentaban sobre el fondo del valle principal, junto a las vegas aluviales (Villaseca, Rioscuro, Villablino, San Miguel, Rabanal de Abajo, Villager, Caboalles de Abajo y Caboalles de Arriba), o en rellanos topográficos que dominaban al valle (Robles, Llamas, Rabanal de Arriba). De los valles transversales, más estrechos, el poblamiento fijo únicamente aprovechó aquellos que ofrecían condiciones favorables desde el punto de vista topográfico y edáfico (Lumajo, Sosas, Orallo).

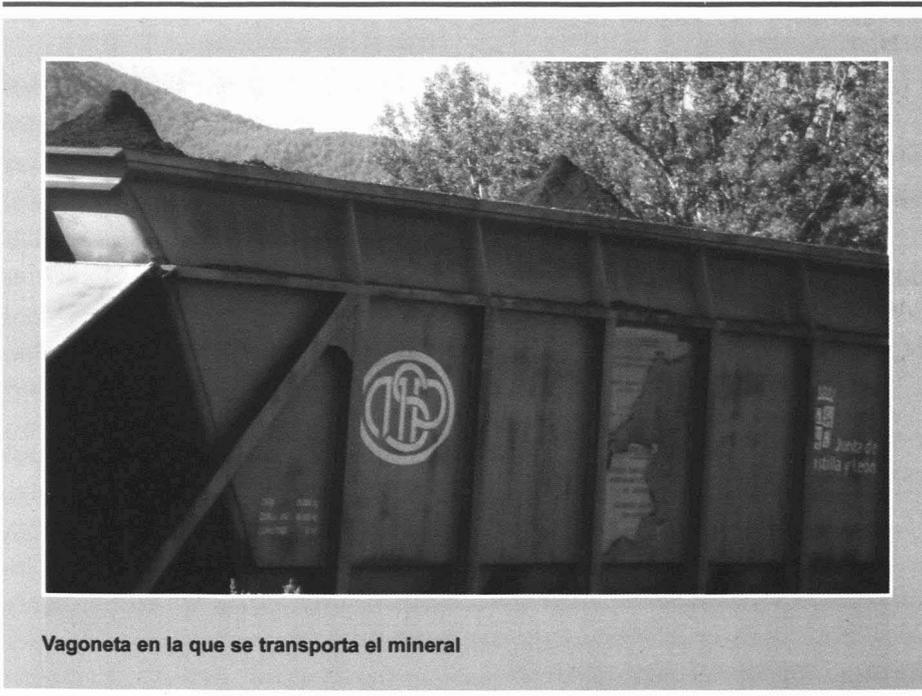


Ferrocarril minero «el mixto».

Cabe incluir como parte integrante de esta red de asentamientos a los grupos de cabañas existentes en las brañas, que en alguna medida duplicaban las aldeas del valle, y que transitoriamente cumplían también funciones residenciales, para las cuales estaban mínimamente dotados.

Aún cuando el territorio es muy quebrado, la localización de los núcleos estaba establecida de tal manera en distancias

regulares que, con pocas excepciones, media hora aproximada de camino separaba a cada uno del más próximo, y una hora de su braña respectiva. El núcleo más accesible desde los extremos, Villablino, acaparaba las funciones básicas de carácter administrativo y comercial, lo que le confería una cualidad sobresaliente a pesar de que ocho aldeas del Valle contaban con una población superior.



Vagoneta en la que se transporta el mineral

2. La nueva organización jerarquizada por los asentamientos

Este modelo se viene abajo cuando hace su aparición una actividad que explota recursos de forma más intensiva y más concentrada en el espacio.

La actividad minera, con las instalaciones y servicios auxiliares propios, con los servicios e infraestructuras inducidos, con toda la fuerza de trabajo necesaria y con las servidumbres reproductivas que ésta conlleva —particularmente la demanda de alojamiento—, transformó sensiblemente,

amoldándola a sus necesidades, la estructura anterior del hábitat. El peso poblacional y la funcionalidad de cada núcleo cambiaron sensiblemente según su mayor o menor proximidad a los puntos elegidos para practicar la extracción carbonífera.

De este modo, la mayor densidad humana se alcanzó en Caboalles de Abajo y fundamentalmente en Villaseca, donde se instalaron los más importantes grupos de explotación y donde la M.S.P. construyó viviendas obreras. Tampoco fue ajeno al crecimiento, aunque tuvo lugar en límites

más modestos, a otros pueblos que como Orallo, Villager o Caboalles de Arriba se vieron involucrados también directamente en el proceso. Incluso los núcleos más alejados de los pozos ganaron población debido a la saturación y hacinamiento imperantes en los anteriormente citados, aunque no perdieron totalmente su tradicional dedicación ganadera.

Como centro geográfico del Valle, Villablino siguió siendo útil a la M.S.P. para centralizar allí algunos servicios comunes a toda la explotación (administración, ferrocarril, etc.) de manera que su crecimiento fue también notable, aunque más ralentizado que en otros casos hasta que en los años cincuenta se ubicó en la propia villa el grupo minero del Transversal. En definitiva, el antiguo equilibrio en la repartición de los efectivos humanos sobre el territorio fue sustituido, casi de manera inmediata, por un nuevo orden en el cual cada unidad integrante alojaba una cantidad de población correlativa al tonelaje arrancado en su localización y disponía de un nivel de servicios mínimo.

Los asentamientos pasaron a estar fuertemente jerarquizados y encabezados no por uno, como es usual en otras comarcas, sino por tres núcleos de parecida dimensión (Caboalles de Abajo, Villaseca y Villablino) aunque de contrastado contenido socio-laboral, por cuanto en Villablino se concentraba casi todo el personal cualificado de las minas y un alto porcentaje de los lacianiegos ocupados en el comercio, los servicios o la administración, mientras que en Villaseca y Caboalles residían mayoritariamente productores mineros.

Pero aún este nuevo modelo engendrado por la explotación minera ha conocido transformaciones recientemente, toda vez que el estancamiento o el retroceso de la mayor parte de los pueblos del Valle está acompañado de un crecimiento importan-

te de la villa, por lo cual la jerarquización tiende a acentuarse y la red a convertirse en unicéfala.

3. Una población regulada por las migraciones mineras

Independientemente de lo que haya ocurrido en cada localidad concreta, en conjunto la población del valle se ha multiplicado por cinco en lo que ha transcurrido del presente siglo y cuenta hoy con 15.400 habitantes, cifra ligeramente inferior al techo alcanzado en 1960.

El elevado empleo de mano de obra propio de la minería subterránea, unido a las acusadas fluctuaciones en las ventas, en el precio y en la producción de carbón, determinaron que ese crecimiento haya tenido lugar en forma espasmódica, en ráfagas breves y muy intensas. Por esta razón, la estructura demográfica que refleja la pirámide de edades se encuentra modelada en primer término por los movimientos migratorios, los cuales solapan las tendencias vegetativas naturales (los nacimientos, las defunciones).

Esas oleadas migratorias son, a su vez, una réplica de los tonelajes arrancados o, si se quiere, de las fluctuaciones habidas en el mercado laboral que es la cuenca de Villablino.

Aunque ha habido siempre un goteo migratorio desde la aureola rural correspondiente a los municipios limítrofes, leoneses y asturianos, se superponen a esta tendencia permanente, en las fases de mayor reclutamiento, las avalanchas de grupos humanos de origen más lejano. Los grupos de inmigrantes llegados antes de la Guerra Civil procedían en mayor cuantía de la cuenca carbonífera asturiana (Mieres, Aller, Lena, Langreo); en las dos décadas autárquicas hubo un neto predominio de los ibianos (que aún consti-

tuyen la comunidad más numerosa), y la última fase expansiva, la de los años setenta, atrajo prioritariamente mano de obra extranjera (Portugal, Cabo Verde). Hoy día el mercado laboral está casi cerrado, incluso para los hijos de la comarca.

Los procesos migratorios acaecidos se traducen en un predominio neto de los varones, único sexo demandado en las minas. Sólo entre los grupos más adultos, donde la sobremortalidad masculina se hace patente, hay un porcentaje más alto de mujeres. La juventud de todo el conjunto y la prominencia de los grupos de edades correspondientes a los períodos de mayor reclutamiento obrero son las otras características sobresalientes de la población lacianiega.

EL HÁBITAT MINERO

1. Las transformaciones del caserío

Como la afluencia de emigrantes hacia Laciana se produjo a ráfagas y como el equipamiento residencial era escaso, pues estaba ajustado a las necesidades anteriores, los espacios de uso residencial se han caracterizado por conocer un desarrollo más lento que el de la demanda de viviendas, lo que unido a la generalizada insolvencia que sufrió el proletariado minero no podía menos que manifestarse en dos tipos de secuelas: de una parte, en una agudización del hacinamiento y, paralelamente, en la proliferación de la infravivienda.

El número de habitantes por vivienda, que a principios de siglo no llegaba a tres, había ascendido hasta cinco en los años cincuenta y estuvo muy extendido el alquiler, como residencia, de antiguas cuadras y pajares habilitadas para tal fin. Aunque

perviven algunas secuelas de esa situación, la mejora progresiva del nivel adquisitivo de los mineros ha permitido, sin embargo, una también progresiva mejoría desde los años sesenta, volviéndose a situar en 1980 el índice de habitantes por vivienda en los niveles previos a la eclosión minera de los años veinte.

Estos fenómenos han afectado, en mayor medida, a los núcleos del valle que se encontraban sobre el yacimiento, mientras que el resto sufrió el impacto de manera muy indirecta, lo que les ha permitido también conservar en esencia la anterior configuración del caserío en el que predominan las casas de piedra, casi siempre de pizarra excepto en Lumajo, donde son de caliza, que es la roca más abundante del lugar. Son construcciones de maciza constitución, abiertas sobre amplios corrales, normalmente con hórreo, pero con vanos pequeños al exterior.

Están poco aglomeradas entre sí y se adaptan mimética y armónicamente al medio físico en que están enclavadas. En cambio, el impacto minero convirtió a las aldeas cerca de las cuales se ubicaron explotaciones mineras en barrios o unidades integrantes de los nuevos núcleos de población. De esta forma, la mayor parte de las edificaciones perdieron su ancestral función conservando únicamente la forma más o menos intacta, aunque a veces se han realizado remodelaciones parciales, en general bastante desafortunadas.

2. Los componentes del «Puzzle» urbano

A excepción de los caseríos previos incorporados, todos los demás elementos que componen el mosaico urbano lacianiego son producto directo de la explota-

ción carbonera y su disposición sobre el territorio ha tenido lugar de acuerdo con lógicas distintas, cuando no claramente contradictorias, al menos desde el punto de vista de la armonía del conjunto.

Con objeto de reducir al mínimo el tiempo de desplazamiento, cuando los medios de transporte se habían desarrollado aún débilmente, los poblados de empresa —conocidos como «cuarteles»— se localizaron próximos a las unidades respectivas de producción, segregados de las aldeas, soportando las molestias que origina esa proximidad y la lejanía de las unidades de servicio, y careciendo de las mínimas infraestructuras urbanas (asfaltado, alumbrado, a veces saneamiento).

Los poblados, internamente planificados, responden a dos modelos formales diferentes, constituidos bien por bloques en hilera, de dos o tres plantas, o bien por casas individuales de una planta, también ordenadas en hilera. Suman un total próximo a las setecientas viviendas, construidas por la M.S.P. en concierto con diversos organismos públicos y localizadas en Villaseca, Caboalles de Abajo, Orallo y Villablino.

Las edificaciones de iniciativa particular obrera, de una o dos plantas y construcción modesta, se aglomeran en barriadas que ocupan espacios periféricos no calificados como urbanos en el momento de su construcción, allí donde el suelo es más barato y, por ello, de peor calidad (laderas empinadas, vaguadas, lugares alejados). Algún camino o carretera secundaria suele actuar como soporte articulador entre las construcciones, pues no se atienen a más plan que el de las parcelaciones realizadas por los propietarios del suelo; a veces son exclusivamente las curvas de nivel quienes fijan las orientaciones preferentes, como ocurre en «La Corradina» de Villablino, el «Barradillo» de Caboalles de Abajo u «Otar de Perros» de Villaseca.

Por último, los edificios de pisos de promoción privada, escasos mientras no existió una demanda solvente, han comenzado a proliferar desde los años setenta, ubicándose en las áreas centrales de los núcleos mayores, sobre los ejes básicos de acceso y, fundamentalmente, en todo el espacio urbano de Villablino.

A la aldea antigua incorporada, los barrios planificados de empresa y las construcciones espontáneas, se une, como último elemento integrante del hábitat minero lacianiego, todo el complejo de construcciones, espacios de maniobra y apilamiento, cargaderos, vías férreas, castilletes, ramales y planos exteriores de que hace uso la actividad minera.

3. Una estructura desarticulada

La conjunción espacial de todas estas lógicas, tan dispares, da lugar a que el volumen residencial edificado, en el cual se intercala la localización de servicios, tienda a producir planos polinucleares, con barrios disgregados y mal comunicados, lo que obstaculiza la extensión de las infraestructuras urbanas y de los servicios colectivos.

Incluso donde, como ocurrió en Caboalles de Abajo o en Villaseca, la extensión del caserío ha sido suficientemente importante como para soldar en un cuerpo único los diferentes eslabones separados, ello ha tenido lugar en una sola dirección —la que marca el eje central de comunicación— generando un casco desmesuradamente alargado, pues la ausencia de infraestructuras o de planes infraestructurales transversales dificulta el ensanchamiento del volumen edificado.

Como consecuencia y resumen de todo lo anterior se puede reconocer en la mayor parte de los núcleos urbanos de Laciana una sencilla estructura urbana

constituida básicamente por un área central, ubicada en torno a la carretera o calle principal, donde se localizan los establecimientos comerciales y de servicios y donde se levantan los edificios de mayor calidad y altura; y un área periférica —envolvente en algunos casos, muy discontinua en otros— formada por un conglomerado complejo de materializaciones arquitectónicas: viejos edificios campesinos, casas individuales o colectivas rodeadas de huertos y de pequeñas edificaciones anejas utilizadas como albergue de animales domésticos, barrios de bloques, instalaciones mineras.

4. Villablino, la capital de Lacia

No podría aparecer completa la imagen del Valle de Lacia sin una especial referencia al principal núcleo de población de la comarca y centro representativo de la misma.

Ya se ha indicado que Villablino acaparaba en el pasado la capitalidad municipal y acogía buena parte de las otras funciones administrativas que interesaban al concejo. También en la villa tenían lugar las principales ferias y mercados, que constituyeron antaño la forma privilegiada del intercambio comercial. La conservación y ampliación de esas funciones tradicionales, la afluencia de inmigrantes hacia las minas y la localización en Villablino de los servicios centrales (en el nivel comarcal) de la M.S.P., no hicieron más que reforzar progresivamente su capitalidad, a pesar de que hasta los años sesenta Villaseca superaba su población.

El mayor potencial de servicios y una más amplia diversificación económica permitieron a la capital del concejo afrontar, en mejores condiciones que los otros núcleos, la crisis minera de los años sesenta, e incluso extender a expensas del conjunto ese potencial y su base



Casa roja, cercana a la estación.

poblacional en las últimas décadas, llegando a alcanzar en la actualidad los siete mil habitantes, casi la mitad de los que viven en el valle.

Por lo demás, de los 600 establecimientos de comercio y servicios no oficiales registrados en Laciana en 1980, algo más del cincuenta por ciento estaban también radicados en Villablino, donde lógicamente se localizan casi la totalidad de los servicios públicos y el espacio que los sustenta.

Precisamente el setenta por ciento de la superficie construida en Laciana a expensas de organismos públicos lo ha sido en Villablino.

Esta situación privilegiada convierte al núcleo en un centro de reciente atracción sobre el entorno circundante, abarcando la influencia directa de los municipios limítrofes de Cabrillanes, Murias de Paredes, Palacios del Sil y Degaña.

Las fases de crecimiento del casco urbano y las formas que éste ha revestido en cada etapa, no son más que una fiel traducción física del proceso descrito, traducción adaptada a las condiciones generales y particulares en que se ha venido

desarrollando la actividad económica y social del valle y de la propia villa.

Así, hasta después de la guerra civil el plan mostraba aún la presencia separada de los dos núcleos originarios del casco actual, San Miguel y Villablino, que crecieron en los años siguientes, igual que lo hicieron otros del concejo, en torno a los ejes centrales de comunicación. Esa expansión, lenta, lineal y axial, se aceleró en los años cincuenta con la afluencia de un gran contingente obrero que imposibilitado de acceder a los terrenos céntricos —planificados desde 1957 pero sin dotación infraestructural— se asentó en barriadas periféricas separadas entre sí, conociendo entonces la villa un crecimiento rápido de tipo polinuclear que produjo un plano desarticulado, con amplios intersticios sin construir.

Por último, el aumento de la actividad extractiva, de la solvencia obrera y del peso gravitatorio del núcleo, coincidentes con la urbanización efectiva de los terrenos centrales, permitieron un progresivo compactamiento iniciado en la década pasada y concluido prácticamente en la actualidad.